

Quería jugar con ellas, pero no
le hicieron caso. Estaban contentas
bebiendo miel.



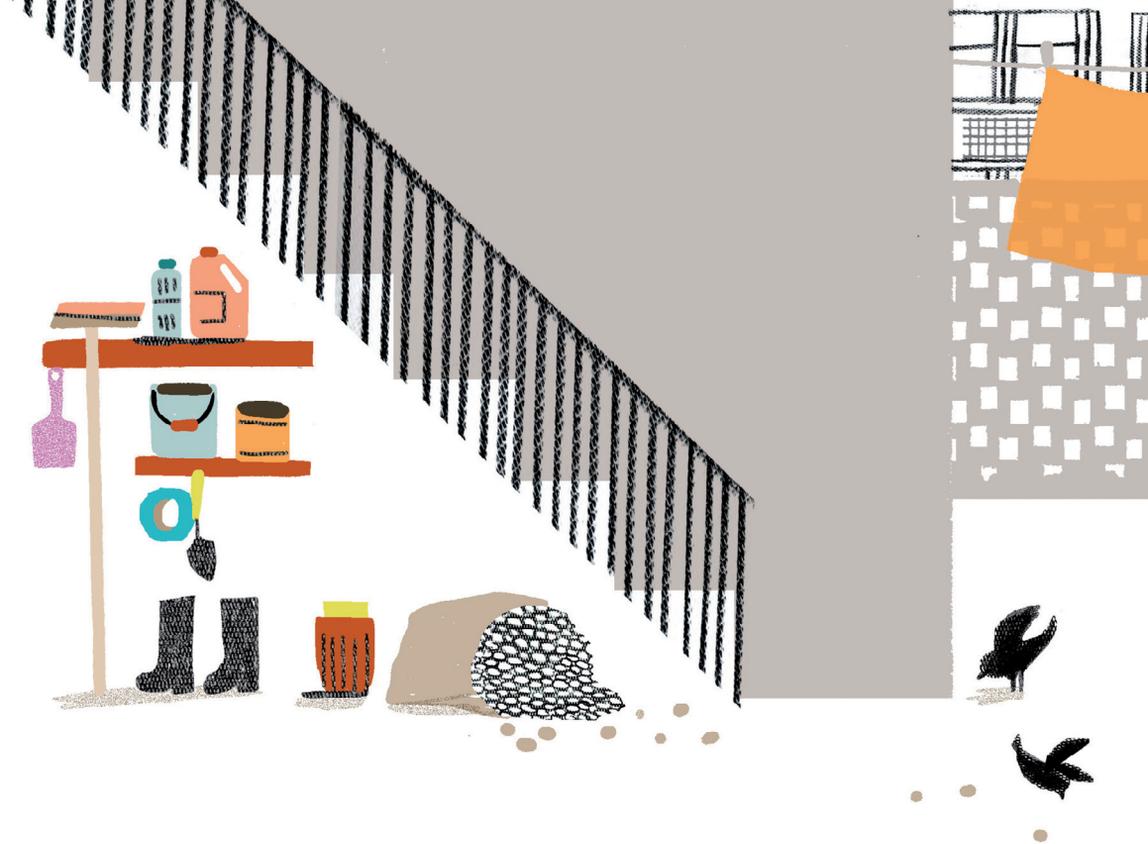


Y allá, entre las ramas de los árboles,
los pájaros llevaban en su pico migajas
de pan y lombrices para darles de comer
a sus polluelos.

Todos parecían muy ocupados.







Renata se echó en el pasto. Cerró los ojos y escuchó cómo se secreteaban las hojas de los árboles: “Sh, sh, sh”.



—Pío, pío, pío —trinaban las aves.
—Bzz, bzz, bzz —zumbó una abeja.
—Miau, miau —maulló el gato
al despertarse.

—Quiero jugar con ustedes —dijo Renata, pero nadie le contestó.

El viento le hizo cosquillas y la niña abrió los ojos y miró hacia arriba: allá, en el azul del cielo, las nubes blanquísimas viajaban lentamente.

A Renata le gustó verlas.

